

AMAD A VUESTROS ENEMIGOS - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Mt 5,38-48

"Oísteis que fue dicho: "Ojo por ojo y diente por diente". Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos.

Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues. "Oísteis que fue dicho: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo". Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos.

Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Para construir una sociedad verdaderamente humana hay que saber poner freno a la violencia. Así decía Jesús el domingo pasado a sus discípulos, cuando, ilustrando las características de su nueva alianza, les explicaba que no se puede vivir con los otros sin poner freno a la violencia, al desprecio o al insulto hacia el hermano. Hay que saber romper con todo eso.

Jesús ahora está dando una enseñanza más, para que no solamente se ponga freno a la violencia sino que también se rompa la cadena de la venganza. Jesús recuerda la famosa ley del Talión: "Os han enseñado que se mandó ojo por ojo, diente por diente" Era una ley que su tiempo pudo tener un valor justo porque se trataba de tratar a la persona que había dañado a otra con la justa pena, que uno no recibiera un castigo enorme por un daño pequeño.

Para Jesús no es suficiente. En la construcción del reino de Dios, donde cualquier forma de venganza tiene que ser alejada. Por eso Jesús enseña a sus discípulos “No hagáis frente al que os agravia. Al contrario. Si uno te abofetea la mejilla derecha vuélvele también la otra. Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica déjale también la capa. A quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos. Al que te pide dale, y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda.

Son actitudes que dichas por Jesús nos dejan un poco perplejos. Pueden parecer actitudes de una persona débil, de uno que no sabe imponerse y que delante de la prepotencia del fuerte se deja avasallar. En cambio si comprendemos el valor de estas palabras, encierran un mensaje fundamental: la comunidad de creyentes, los discípulos de Jesús, tienen que saber romper esa cadena de la venganza, proponiendo alternativas nuevas que hagan reflexionar, si es posible, al violento o al vengador que se puede vivir de otra manera.

Cuando Jesús fue abofeteado en el proceso delante del sumo sacerdote, no puso la otra mejilla sino que preguntó a aquel soldado “Por qué me abofeteas si no he dicho nada malo” Se trata de hacer razonar al otro de la inconsistencia de su venganza, y sobre todo, no poner límite a la hora hacer el bien.

Jesús habla de prestar dinero o dar ayuda. Hay que hacerlo de una manera generosa a cualquier persona que te lo pida, no solo a aquellos de tu grupo, de tu clan, de tu raza, porque si no el bien no crece, no es un bien capaz de manifestar toda su riqueza.

Jesús añade otras expresiones: cuando uno está obligado a hacer cosas por la fuerza pues te lo imponen, para desmontar esa prepotencia hace algo más de lo que te pide y de esa manera haces ver al prepotente que no te dejas condicionar por su fuerza sino que tú sabes ir más allá de esa fuerza misma.

Jesús acaban de esta enseñanza no solamente que hace ver sus discípulos que hay que romper cualquier cadena de rencor o venganza que no hace otra cosa que fomentar la violencia, sino que también hay que saber manifestar benevolencia y una capacidad de amar realmente auténtica, generosa para todos.

Jesús recuerda un precepto del libro del Levítico: “Os han enseñado que se mandó: amarás a tu prójimo y odiará a tu enemigo”. El odio al enemigo no está contenido en ningún precepto de la Ley de Moisés, pero hay algunos salmos que fomentan la violencia en donde se dice Señor, yo detesto a los que te detestan o se alegran cuando Dios se despierta por las mañanas y se dedica a acabar con los pecadores. Es una manera de fomentar el odio hacia los pecadores que se comportan de manera equivocada. Jesús no está de acuerdo con esta espiritualidad del pasado que fomentaba la violencia sino que de una manera impensable dice. “Yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezar por los que os persiguen. Para ser hijos de vuestro Padre del cielo que hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos.”

Jesús no está de acuerdo con esas enseñanzas antiguas cuando el amor era limitado para el prójimo y el odio podía ser de manera ilimitada a todos los enemigos, Jesús dice que hay que parecerse al Padre del cielo, el cual cuando hace salir el sol y manda la lluvia, dones que son expresión de una vitalidad y garantía de vida pues si hay sol y agua la vida crece, estos dones son para todos ya sean malos o buenos, justos o injustos. Jesús quiere que los discípulos sean hijos, es decir, que se parezcan al Padre en la capacidad de dar una vida abundante sin poner nunca límites y sin dejarse condicionarse por las actitudes o los comportamientos de los otros.

Para explicar de una manera todavía más clara dice: “Si queréis solo a los que os quieren ¿que recompensan merecéis? No hacen eso mismo los recaudadores. Y si mostráis afecto sólo a vuestra gente ¿que hacéis de extraordinario? No hacen eso mismo también los paganos. Por consiguiente sed buenos del todo como es bueno vuestro Padre del cielo.” De nuevo, Jesús repite esta expresión “vuestro Padre del cielo”. Hay que ser buenos del todo sin poner límites y sin dejarse condicionar por las respuestas de los demás, sin quedarse a mitad de camino. Hay que llevar esta benevolencia, esta amabilidad hasta el final, hasta el fondo. Hay que parecerse al Padre en ésta actitud que es siempre generosa comparando ahora a los discípulos a los recaudadores a los paganos que hacen cosas buenas porque el hecho de querer a los que te quieren es una cosa buena y el hecho de mostrar afecto también a la gente que pertenece a tu grupo es una cosa buena. Jesús no tiene nada en contra de ello. Pero no suficiente. Dice Jesús que hace de extraordinario la gente que no observa la ley; hacen cosas buenas pero nada que permitan la construcción de una sociedad nueva.

Jesús está invitando a sus discípulos, no como recordaba el libro del Levítico “Ser santos como yo soy santo”. Había que parecerse a dios. ¿Cómo puede hacerse esto?: mediante la observancia de la Ley, como decían los fariseos; la aplicación de la norma, para estar separados de todo lo que era impuro. Jesús nunca recordará estas palabras del Levítico. Dirá en cambio: “sed buenos del todo como es vuestro Padre. Ser misericordiosos como vuestro Padre si es posible para todos. Observar la Ley no era posible para toda la gente. En cambio la bondad, la misericordia como la que nos manifiesta el Padre del cielo es posible para todas las personas que se abren a su amor y son capaces y tienen el valor también de demostrarlo a los demás.